

Identidad e historia en Derek Walcott

Fernando Cordobés

EL POETA ANTILLANO DEREK WALCOTT, SIENDO PROFUNDAMENTE DE UN LUGAR (EL ARCHIPÉLAGO DEL CARIBE), HA LOGRADO, COMO NOS MUESTRA FERNANDO CORDOBÉS EN ESTA NUEVA ENTREGA DE SU VIAJE LITERARIO POR LA OTRA AMÉRICA, ENRAIZARSE EN SU MUNDO Y, AL TIEMPO, TRASCENDERLO.

Existe una imagen paródica del Caribe, una visión idealizada por los grandes tour operadores interesados en explotar estereotipos e ideas preconcebidas sin más interés por la región que su propio beneficio. Paraíso vacacional, playas de arena blanca y cocoteros, inmensos resorts que prometen felicidad accesible por unos días a precios razonables, ambientes moralmente relajados. Para Derek Walcott, premio Nobel antillano nacido en la pequeña isla de Santa Lucía, esa fotografía distorsionada de la realidad se fomenta también desde los propios gobiernos de los países caribeños, interesados en desarrollar una próspera industria que aporta grandes beneficios. Y además está la pobreza, tan fotogénica según él que le roba su dramatismo, y la belleza de los paisajes, y la naturaleza exuberante, y el colorido y todo ello contribuye a apuntalar los prejuicios y a ahuyentar el interés por una realidad que queda oculta tras la postal debidamente compuesta. Hay una idea de que en un medio ambiente tan agradecido, tan providencial, nada serio es posible. La vida simplemente es una celebración en la que no hay espacio para lo grave, para lo serio o trascendente. El propio Walcott escribe: «En las ciudades serias, en el gris y militante invierno con sus tardes breves, los días parecen transcurrir bajo abrigos abotonados hasta el cuello, los edificios se asemejan a barracones con luces en las ventanas, y, cuando

nieva, uno tiene la ilusión de vivir en una novela rusa, en el siglo XIX. Por eso quienes visitan el Caribe se sienten como si habitaran en una sucesión de tarjetas postales. El clima se adapta a lo que de él hemos leído. Para los turistas el sol no es cosa seria. El invierno confiere hondura y oscuridad tanto a la vida como a la literatura, y en el interminable verano de los trópicos ni siquiera la pobreza o la poesía parecen capaces de ser profundas, porque la naturaleza es tan exultante, tan decididamente extática como su música. Una cultura basada en la dicha es necesariamente superficial. Para venderse el Caribe fomenta tristemente los placeres de la banalidad. De una brillante vacuidad, en tanto lugar donde no sólo es posible huir del invierno, sino también de la seriedad que provoca una cultura con sus cuatro estaciones. ¿Puede haber aquí un pueblo, en el auténtico sentido de la palabra?»

Tras la concesión del premio Nobel en 1992, bien hubiera podido Derek Walcott utilizar el prestigio otorgado a su poética para avivar y cantar los males y daños casi endémicos causados por el colonialismo y la esclavitud en el Caribe. Pero no lo hizo. Más bien al contrario. En sus poemas se intuye que la libertad del alma es una cuestión de elección personal, íntima y que ningún hombre le puede quitar eso a otro. Todos esos rastros de rencor que subsisten en ciertos reductos culturales de América y del Caribe, son complejos y como tal deben ser tratados y superados: confinados al pasado lugar a donde pertenecen, entre los restos de los galeones hundidos por el pirata Morgan y por Sir Francis Drake:

*¿Dónde están tus monumentos,
tus batallas,
tus mártires?
¿Dónde tu memoria tribal?
Señores,
En aquella bóveda gris.
El mar.
El mar los ha encerrado.
El mar es historia.*

El mar es la vida. La insularidad, la fuerza exultante de la naturaleza son elementos decisivos. Walcott es un poeta que ama pro-

fundamente al mar; lo conoce, lo navega y extrae de él el mensaje lento y repetitivo de las olas: cada ser humano es un náufrago en este mundo. Sólo con sus lamentos y angustias. Sólo con su grandeza. Somos seres solos, islas en la vastedad del océano:

El ojo hambriento devora el paisaje marino en busca del bocado de un velero.

La acción engendra frenesí. Me recuesto, navegando la sombra estriada de una palma, temeroso de que las huellas de mis propios pasos se reproduzcan.

Los placeres del hombre mayor: en la mañana: una evacuación contemplativa, considerando la hoja seca, el plan de la naturaleza.

Al sol las heces del perro se encostran, se tornan blancas cual coral.

La tierra es nuestro fin, la tierra fue el comienzo. En nuestras propias entrañas, el Génesis.

(Náufrago)

A lo largo de sus textos Walcott ha planteado los enigmas, las contradicciones y los dilemas del artista de las Antillas que trata de asumir la carga de la herencia colonial y, al tiempo, intenta apartarla: «En el Nuevo Mundo la servidumbre de la musa de la historia ha producido una literatura del reproche y de la desesperación, una literatura de la venganza escrita por los descendientes de los esclavos, o una literatura del remordimiento escrita por los descendientes de los amos (...) Los grandes poetas del Nuevo Mundo, desde Whitman a Neruda, rechazan esa visión de la historia. Su concepción del hombre en el Nuevo Mundo es adánica. Para ellos el hombre sigue siendo capaz de asombrosos prodigios, aunque haya saldado sus deudas con Grecia y Roma y habite un mundo sin monumentos y ruinas. Lo previenen contra el terrible magnetismo de civilizaciones antiguas». En este sentido no es extraño que Robinson Crusoe fuera su primera figura simbólica. En sus primeros textos vuelve una y otra vez a la historia de Crusoe, «nuestro primer libro, nuestro génesis profano», porque representa la doble naturaleza de labrarse un destino en una pequeña isla. Crusoe es el hombre adánico, el resistente cronista

de un territorio virgen. Un náufrago / exiliado a la búsqueda de su propia identidad.

El poeta ruso-americano Joseph Brodsky, también premio Nobel, afirmaba de su amigo Derek Walcott, que «era el hombre gracias al cual vive el idioma inglés». Lo afirmaba un poeta que vivía en la esquizofrenia de expresarse en una lengua distinta a la suya materna; sabía bien de lo que hablaba. Para él había una cobardía mental y espiritual en los intentos reiterados de retratar a Walcott como un escritor regional. Una resistencia que podía explicarse según él, por el prejuicio de la crítica profesional de aceptar que el gran poeta de la lengua inglesa es un hombre negro. Pero si leemos al propio Walcott, vemos que su autorretrato le coloca mucho más allá del de simple hombre negro:

*Sólo soy un mulato que ama la mar.
Recibí una sólida educación colonial.
Hay en mí del holandés,
del negro y del inglés.
Y: o soy nadie o soy una nación.*

El inglés es la lengua materna de Derek Walcott, la lengua en la que piensa, sueña, escribe e imagina, como él mismo reconoce, y a pesar de ello nunca desaparecerá del todo por parte de la crítica inglesa o norteamericana, una especie de condescendencia, curiosidad o sorpresa hacia quien utiliza esa misma lengua desde la periferia. Alguien a quien consideran quizás como el mejor alumno de la escuela. Desde luego hay identidades asesinas. ¿Cuestión de un exceso de etnocentrismo? Pero llegados a cierto punto del debate, todos estos argumentos estériles le importan bastante poco al poeta de Santa Lucía por una sencilla razón: casi todas las islas antillanas no hispano parlantes son bilingües. En algunas como Trinidad conviven culturas diferentes como la china, la hindú o la musulmana. Y lo esencial es la explosión que produce esta mezcla. Como dice Walcott: «todo es muy enriquecedor; la situación es de opulencia vital, porque tienes mucho de dónde escoger en términos de melodía.»

Mientras en las sociedades del viejo mundo el debate sigue girando de manera obsesiva en torno a cómo aceptar la diferencia,